

A poco tiempo de hecha la paz de los Pirineos ocurrió la revolución de Inglaterra, que restableció la monarquía, y colocó en el trono al hijo del desventurado Carlos I, aquel príncipe Carlos á quien los negociadores del tratado de Behovia no quisieron comprender en el convenio y miraron con un desden impropio de dos naciones generosas, y de que acaso ambos se arrepintieron pronto. Muerto Cromwel, descontenta la Inglaterra de los republicanos, y vencidos estos por el célebre escocés Jorge Monk, llevado secretamente desde Bruselas el príncipe Carlos, proclamado rey y restablecido en el trono de sus mayores, la Inglaterra asombró al mundo con una revolución la mas pronta y la menos sangrienta que se habia conocido (1660). Carlos II, hombre de carácter bondadoso y dulce, y amaestrado con las lecciones del infortunio, habia aprendido á conocer los artificios de las cortes. La de España, que en su desgracia solo le habia amparado á medias y como con vergüenza y timidez, le despachó luego una embajada manifestando el gozo con que el rey Católico habia visto su exaltación al trono, y Felipe IV mandó restituírle los bajeles ingleses apresados en los mares de la India, é hizo con él un tratado reconociéndole la posesion de Dunkerque y de la Jamaica. Pero bien debió sentir no haber hecho mas esfuerzos en su favor cuando era príncipe desvalido, porque así habria evitado que Portugal encontrara en Inglaterra el calor y los auxilios que veremos halló para sostener la guerra contra España (1).

## CAPÍTULO XVII

### PÉRDIDA DE PORTUGAL

#### Muerte de Felipe IV

DE 1660 Á 1665

Exclusion de Portugal en el tratado de los Pirineos.—Renuévase la guerra con Castilla.—Auxilios que recibe el portugués de Inglaterra y de Francia.—Don Juan de Austria, general del ejército de Extremadura.—Murmúrase en la corte de la inacción de don Juan.—Muerte del favorito don Luis de Haro.—Campana de Portugal, favorable al ejército de Castilla.—Conquistas en aquel reino.—Toma las riendas del gobierno el rey Alfonso VI.—Carácter y costumbres de este rey.—Pérdidas de los portugueses.—Terror y alboroto en Lisboa.—El conde de Peñafior.—Derrota á don Juan de Austria cerca de Eborá.—Sitian y toman los portugueses á Valencia de Alcántara.—El duque de Osuna es derrotado en la provincia de Beyra.—Separacion de don Juan de Austria y del duque de Osuna.—Quejas no infundadas de estos generales.—Política insensata de la corte de Madrid.—Auxilios que se dan á Alemania.—La reina doña Mariana y su confesor el padre Nithard.—Hácese venir de Flandes al marqués de Caracena.—Dásele el mando del ejército de Portugal.—Presunción desmedida del de Caracena.—Sitia á Villaviciosa.—Célebre batalla y funesta derrota del ejército castellano.—Dolor y aflicción del rey.—Indignación en Madrid.—Dáse por perdido Portugal.—Melancolía del rey Felipe IV.—Fáltanle las fuerzas del cuerpo y del espíritu.—Testamento del rey.—Nombramiento de regencia.—Fallecimiento de Felipe IV.

Abandonado el Portugal por la Francia en el tratado de los Pirineos, ocupado el trono de aquel reino por un príncipe niño, tan débil de cuerpo como flaco de espíritu, indócil y mal inclinado, bien que las riendas del gobierno estuvieran en las hábiles manos de la reina madre, la valerosa, prudente y resuelta doña Luisa de Guzman; desembarazada Castilla de las guerras que la consumian y aniquilaban, y en paz ya con las demás potencias, calculaba todo el mundo, y así era de presumir, que las fuerzas de la corona castellana caerian todas sobre el vecino reino que se habia proclamado independiente, y considerábase fácil y pronta su reconquista.

La misma Guzman, con ser mujer de ánimo tan firme y levantado, tuvo momentos de sentir desfallecer su espíritu; pero

mas feliz en esto que su predecesor, que habiendo sido aun mas aborrecido que él durante su ministerio, á causa de los impuestos, fué incomparablemente mas sentido despues de su muerte. De las virtudes de estos dos cardenales se podría hacer un perfecto ministro, quitando á Richelieu su inflexible severidad, y á Mazarino su avaricia.

(1) Diario de Londres.—Papeles y memorias de Clarendon.—Memorias de Lansdowne. Thurolo, Hist. tom. VII.—John Lingard, Hist. de Inglaterra, tom. III, c. 19.

despertando de nuevo su altivez, y recobrando su antigua firmeza, se resolvió á fiar á la suerte de las armas la independencia ó la esclavitud del reino lusitano. Confiaba, es verdad, en que no la abandonarían la Francia y la Inglaterra, á pesar de la exclusion del tratado, y no se engañó en sus esperanzas la regente. Entraba en los intereses y en la política de Luis XIV no consentir que Portugal se reincorporara otra vez á España, y el embajador portugués en Paris, conde de Sousa, obtuvo fácilmente del monarca francés que le diera un socorro de hombres, no tan importante por su número como por su calidad, puesto que se contaba entre ellos al mariscal de Schomberg, tan famoso y experimentado en la guerra, que habia de venir de maestro general del ejército, acompañado de ochenta oficiales de los mas veteranos y útiles para instruir á otros. En vano el embajador español reclamó ante la corte de Luis XIV de semejante infracción del tratado. No se dió oídos á sus protestas, y esta fué la primera muestra que ofreció la Francia de cómo cumplía el solemne pacto de los Pirineos.

No contento con esto el monarca francés, sugirió á la corte de Lisboa un proyecto de matrimonio entre la infanta doña Catalina, hermana de Alfonso VI, y el nuevo rey de Inglaterra Carlos II, cuya union le comprometería á sostener la casa de Braganza. Aceptada con gusto esta idea por la corte de Lisboa, su embajador en Londres don Francisco de Melo, marqués de Sande, ofreció con la mano de la princesa un dote de 500,000 libras esterlinas, la cesion de la plaza de Tánger en la costa de Africa y la de Bombay en las Indias Orientales, y el libre comercio de Inglaterra con Portugal y sus colonias (1660). Conocedor de este proyecto el embajador de España Vatteville, trató de deshacerle, ya representando la ninguna esperanza que habia de que doña Catalina pudiera tener sucesion, ya exponiendo al monarca inglés las ventajas de un enlace con una de las princesas de Parma, á la cual señalaria Felipe IV el dote de infanta de Castilla. Vaciló el buen Carlos II; mas como enviase secretamente á Parma al conde de Bristol para que viese á las princesas, y á su regreso informara este lo mas desfavorablemente posible de la fealdad de la una y de la monstruosa obesidad de la otra, el rey no necesitó mas para desechar á ambas, y volver otra vez sus pensamientos á la propuesta de Portugal. Inútilmente insistió Vatteville en persuadirle á que no diera su mano á ninguna princesa católica, por los disturbios que pudiera producir esto en su reino; y proponiéndole la hija del rey de Dinamarca, ó la del elector de Sajonia, ó la del príncipe de Orange, corriendo de cuenta del rey de España su dote. Pero el inglés, que hallaba en la propuesta de Portugal ventajas mas ciertas é inmediatas, especialmente la del comercio y establecimientos mercantiles en el Mediterráneo y en la India, decidióse, con aprobacion de las dos cámaras, por el matrimonio con la infanta portuguesa, y se firmó el convenio (mayo, 1661) á pesar de los infructuosos esfuerzos y del enojo y disgusto del representante español (2).

Consecuencia de este enlace y de esta alianza fué el facultar al embajador portugués Melo para reclutar en Inglaterra hasta diez mil infantes y dos mil quinientos caballos, comprar armas y fletar una armada auxiliar inglesa, con la sola condicion de no poder emplear nunca hombres ni naves contra la Gran Bretaña. Estas fuerzas se pusieron al principio al mando de un oficial inglés, mas luego pasaron á las órdenes del mariscal de Schomberg, siendo de este modo el general francés el que mandaba las tropas de tres reinos, de Francia, de Inglaterra y de Portugal. Hasta en Holanda se negociaba un tratado de amistad por medio del embajador conde de Miranda. Y entre tanto los piratas con el nombre de filibusteros (fibustiers), que eran la gente mas perdida de todas las naciones, especialmente ingleses, franceses y holandeses, se establecian en nuestras Antillas, y hacian devastadoras incursiones en nuestras posesiones de América. Dióse á los in-

(2) Memorias de Clarendon: tom. III, Supl.—Obras de Luis XIV.—Limiers: Reinado de Luis XIV, lib. IV.—John Lingard: Hist. de Inglaterra, tom. IV, c. II.—Soto y Aguilar: Epifome, ad ann.—Laclede: Historia general de Portugal.—Faria y Sousa: Epít. de Historias portug. P. IV, c. V.

gleses la posesion de Tánger, como parte que constituía del dote de la infanta portuguesa con arreglo á las estipulaciones matrimoniales, cosa que pareció de grave escándalo á la católica España, y aun al mismo reino lusitano, que no pudo ver sin asombro que una plaza en que solo se habia conocido el catolicismo se diera así á protestantes.

Ya antes de esto la corte de Castilla, terminada la paz de los Pirineos, habia hecho sus preparativos de guerra para la recuperacion de Portugal. Entre los generales que entonces habia pareció el mas á propósito, y como tal fué nombrado don Juan de Austria; el cual pudo reunir un ejército de mas de nueve mil infantes y cerca de cinco mil caballos, bien que extranjeros en mucha parte, traídos de Flandes, de Italia y de Alemania por una tan injusta como indiscreta preferencia que don Juan les daba sobre los soldados españoles, como si estos no hubieran levantado su reputacion de valerosos en aquellas tierras tan alta como los mejores soldados del mundo. Ni anduvo mas acertado en la eleccion de jefes, enganchando y escogiendo para ello á muchos de los que en la corte tenian fama de acuchilladores y espadachines, y á otros que en realidad eran mas fanfarrones que valientes; pero dado caso que tuvieran valor personal, ni unos ni otros servian para mandar un ejército regular y disciplinado, cual á la dignidad de una gran nacion corresponde. Habia además otros dos cuerpos de ejército, de cinco mil hombres poco mas ó menos cada uno, el uno en Castilla al mando del duque de Osuna, en Galicia el otro al del marqués de Viana, destinados á distraer las fuerzas de Portugal, en tanto que don Juan penetraba por Extremadura en aquel reino.

Detúvose tanto don Juan de Austria en Badajoz, que de lento y perezoso se le murmuraba en la corte, y llegó el caso de recibir orden, un tanto desabrida, de su padre, para que abriese cuanto antes la campana. Con este aguijon pisóse don Juan en marcha (31 de junio, 1661), y penetrando en el vecino reino se apoderó fácilmente de la plaza de Arronches (16 de junio), mal fortificada y defendida, por incurria de los portugueses, ó porque no conocian la importancia que su posicion le daba. Don Juan la fortificó mejor, y contento con dejar dentro de Portugal aquel padrastró, quiso quitar á los portugueses otro que ellos tenian en Extremadura, á saber, la fortaleza de Alconchel, distante solo dos leguas de Olivenza. Encomendóse esta empresa á don Diego Caballero de Illescas, que la ejecutó en pocos dias (diciembre, 1661), y puesta guarnicion española en el castillo, retiróse don Juan á Zafrá y el ejército á cuarteles de invierno, que á esto y no mas se redujo por la parte de Extremadura la campana de este año (1).

No se habian hecho mas progresos por la frontera de Galicia. El marqués de Viana intentó sorprender á Valenza do Miño, pero hallándola muy apercebida y provista le puso sitio en toda forma. Un desatido del de Viana en no apoderarse de un puesto importante hizo que nuestro ejército se encontrara como sitiado entre la plaza y el ejército portugués mandado por el conde de Prado, teniendo que apelar, despues de muchas pérdidas, á levantar una noche el campo con el mayor sigilo (19 de agosto, 1661), sin atreverse á emprender otra expedicion en lo restante del año. Por la parte de Castilla el duque de Osuna tomó el fuerte de Valdemula, aunque perdiendo mucha gente en un asalto que dió sin precaucion. Con mas facilidad rindió el de Albergaria, quedando dueño de toda la comarca; pero habiéndose reforzado por aquella parte las tropas portuguesas, se volvió á Ciudad Rodrigo á tomar cuarteles de invierno. Escasísimo pues fué el resultado de la campana de 1661 en todas las fronteras, y nada correspondiente á lo que de los preparativos y del compromiso de honra de una nacion como la España se debia esperar.

Faltó en este tiempo á Felipe IV el hombre de su confianza, su descanso y su apoyo, el ministro favorito don Luis de Haro, marqués del Carpio, que acabó su vida á la edad de sesenta y tres años (17 de noviembre, 1661); uno de los poquí-

(1) Passarello, *Bellum Lusitanum*, lib. VII.—Laclede, Hist. general de Portugal.—Mascareñas, Campana de Portugal por la parte de Extremadura, ejecutada por don Juan de Austria, un tomo 4.º, Madrid, 1663.

simos validos á quienes ha faltado antes la vida que el favor del monarca. La reina no sintió su muerte: el pueblo no se alegró de ella, porque el de Haro no era tirano, ni vengativo, ni soberbio, y el pueblo no le aborrecia. Sin faltarle algun talento, el gobierno y la guerra en manos del de Haro fueron una doble calamidad. Como en Francia el cardenal Mazarino continuó la obra de engrandecimiento comenzada por el cardenal de Richelieu, en España el del Carpio no hizo sino continuar por la pendiente de la decadencia en que puso la nacion su tio el de Olivares. Fué desgracia de nuestra monarquía y desgracia de hombres de la capacidad del de Olivares y el de Haro haber tenido á su frente dos hombres de la capacidad de Richelieu y de Mazarino.

Los cargos que tenia el marqués del Carpio se distribuyeron entre el cardenal de Sandoval, el duque de Medina de las Torres y el conde de Castriello. Resentido el hijo primogénito de don Luis de Haro, marqués de Liche, de que no se le hubiera conferido ninguno de los empleos de su padre, formó el infame proyecto de asesinar al rey por el medio mas bárbaro imaginable, que fué hacer una mina debajo del teatro del Buen Retiro y colocar en ella barriles de pólvora para darles fuego cuando el rey estuviera viendo la comedia. Por fortuna se descubrió con tiempo tan abominable designio, que fué otro de los sinsabores que tuvo en este tiempo el rey don Felipe. Los cómplices en tan atroz proyecto expiaron su crimen en el patíbulo, pero el atolondrado jóven que le habia inventado alcanzó un generoso é inmerecido perdon del rey en consideracion á los servicios de su padre. Es verdad que despues se mostró verdaderamente arrepentido de tan infernal pensamiento, y lo probó sirviendo siempre de allí adelante con lealtad á su soberano.

Fué otra de las amarguras del rey don Felipe la temprana pérdida de su único hijo varon el príncipe don Felipe Próspero (6 de noviembre, 1661). Pero esta se templó pronto dándole la reina á los cinco dias nueva sucesion varonil con el nacimiento del príncipe Carlos, destinado por la Providencia á heredar la corona de Castilla.

La campana de Portugal se renovó al año siguiente de una manera bárbara y feroz, impropia de dos pueblos civilizados. El 7 de mayo (1662) se puso don Juan de Austria en movimiento, pasó el Caya y llegó hasta los olivares de Campo-Mayor. Continuando luego su marcha, rindió á Villabuñi y la entregó á las llamas. Interceptó un correo del general portugués conde de Marialva, que se hallaba en Estremoz, y le envió á decir por el mismo que se preparara á recibirle porque pensaba ir á verle (2). Llegaron en efecto á avistarse los dos ejércitos; todos parecia desear el combate, pusieronse unos y otros en orden de batalla, cruzáronse algunos tiros de cañon, pero no pasó de esto: por consejo del experimentado italiano Luis Poderico, viejo capitán y celoso servidor del rey Católico, se abstuvo el de Austria de dar la batalla y retiró su campo,

(2) Los jefes ó cabos principales que acompañaban á don Juan de Austria en esta empresa eran: don Francisco de Tuttavilla, duque de San German, capitán general y gobernador de las armas; Luis Poderico (italiano ambos), maestro de campo general; don Diego Caballero de Illescas, general de la caballería; don Gaspar de la Cueva Enriquez, hijo del duque de Albuquerque, general de la artillería; don Diego Correa, teniente general de la caballería; y M. de Langres, francés, general titular de la artillería.

Aunque el gobernador de las armas de Portugal era el marqués de Marialva don Antonio Luis de Meneses, favorito del jóven rey Alfonso VI, el verdadero encargado de dirigir las operaciones de la guerra era el mariscal francés conde de Schomberg.

Hé aquí el tren y aparato con que marchaba don Juan de Austria para el servicio del ejército español: quinientas mulas de tiro: cuatro medios cañones de á veinticinco libras: cuatro cuartos de cañon de á diez libras: ocho sacres de á seis libras: ocho petardos: tres trabucos: ocho mansfells de á seis libras: ciento diez carros y galeras: cuatrocientas carretas de bueyes: quinientos bagajes de arrieros, en ellos se cargaron cuatro mil granadas, seiscientas bombas, faginas embreadas, balería, cuerda, etc. El veedor general del ejército llevaba quinientas carretas de bueyes, con cebada para veinte dias, pan fresco y bizcocho para treinta, en cajones de á cuarenta arrobas. Seguía el tren de hospital con las medicinas y drogas necesarias para la curacion de los enfermos.—Mascareñas: Campana de Portugal ejecutada por don Juan de Austria en 1662.